

MAEZTU, UN FOLLETIN PARA UN CENTENARIO

A lo peor uno es pesimista, pero no comparto del todo el entusiasmo editorial de Jesús Aguirre ni el arqueológico de E. Inman Fox, promotor y prologuista, respectivamente, de un folletín larguísimo que, bajo el seudónimo de *Van Poel Krupp*, escribiera Ramiro de Maeztu, el «terrible nietzscheano», como le llamaba Azorín. Creo, en cualquier caso, que la publicación de este folletín comporta, a parte de una cierta dosis de ironía, un indudable interés y no sólo arqueológico. Al contrario, parece una buena ocasión para revisar, aunque sea a vuelo de pluma, sobre este siempre debatido Maeztu, joven en relación con el otro; es decir, con el que conocemos o, por decirlo llanamente, con el «oficial».

No entraré sino lo imprescindible en la cosa de la subliteratura, el significado del folletín y la «entrega», etcétera, porque, entre otras cosas, esa es materia y casi feudo del paciente y vehemente Juan I. Ferreras. Lo que me llama la atención con más fuerza es la fecha, o mejor el hecho de que por estas fechas el viejo expediente ganapán ande en manos de gente de tanto fuste literario y miradas las cosas desde nuestra perspectiva, de tan decisiva influencia. Fox recuerda en el conciso prólogo que ha puesto al folletín el testimonio de Baroja —hace poco, como es sabido, recordado por Zamora Vicente a propósito de la polemiquilla levantada en torno a *«La cara de Dios»*, de Valle-Inclán—, según el cual un editor madrileño encargó al propio Baroja, a Valle, a Camilo Bargiela y a Maeztu, la redacción de un gran folletín, finalmente llevado a cabo en solitario por este último. Fox, como digo, lo señala y constata la aparición del novelón en el periódico *«El País»*, entre 1900 y 1902; poco más o menos, por tanto, en la misma fecha en que Valle escribe el suyo antes citado.

Vamos a ver por qué —a mí al menos— las fechas resultan insignificantes. Baste recordar que, también por esos años, Baroja maneja en su *«Silvestre Paradox»* —como creo haber mostrado en otro sitio— ciertas técnicas de indudable corte folletinesco y aún, según creo, más que menos emparentadas con ciertos episodios del novelón de Valle. Pero hay algo más significativo. No sé —e insisto en que prefiero evitar en lo posible el tema— quién leía los folletines o compraba las «entregas». Parece que los expertos se inclinan por la tesis de que era pasto fundamentalmente obrero y femenino, tal como Fox consigna siguiendo la autorizada opinión de Ferreras. Personalmente, creo que eso es bastante indiscutible, incluso obvio, siem-

pre que no se apriete mucho la hipótesis y se admita algo que, a su vez, parece también razonable: que el folletín debió ser leído por la *clase media*, en el ancho sentido, es decir, sin reducir el concepto a «pequeña burguesía» estricta y, desde luego, sin excluir a los caballeros. Tengo la certidumbre

brada— hay clases y hay gustos para todos. Evidentemente, «La redención del obrero» y cosas así de las que escribían, por ejemplo, Luis de Val, Eduardo Barriobero, los truculentos dramaturgos de «La novela teatral», pongamos por caso, y tantos otros, interesarían, sobre todo, al proletariado

de intenciones críticas mucho más serias.

Pero lo importante es observar que por las mismas fechas de que tratamos, los autores en cuestión andan ya a vueltas con empresas más serias, es decir, reveladoras de intenciones críticas mucho más serias.

La aventura que Luis S. Granjel ha llamado «de los tres» (Azorín, Baroja y Maeztu), ha tenido lugar en esos años. Concretamente entre 1901 y 1903, etapa de la campaña periodística desarrollada por ellos en la prensa de San Sebastián, del célebre *«Manifiesto»* y de la revista *«Juventud»* (1).

Ello quiere decir que Maeztu al menos estaba compaginando, sobre la marcha, serios proyectos regeneracionistas, con la «infima dedicación de la entrega». ¿Que era para comer? Bueno, pero la cuestión no se zanjaría por esto. Quedaría por explicar cómo entendían ellos un quehacer literario a un tiempo serio y vano. O, lo que es más grave, cómo pensaban ellos en el público, cómo entendían, al destinatario de su trabajo; porque no parece claro cómo se puede uno preocupar —y trabajar— para un público al que se dirigen a un tiempo «sociológicos» regeneracionistas y folletines más o menos de tres al cuarto. ¿O es que hay que empezar ya a pensar en ciertas «contradicciones», luego tan traídas y llevadas, de aquellos versátiles y terribles mozos? O es que tenían una imagen compartimentada del público, los «de anfiteatro» y los de «butaca», reflejo, quizá del impacto nietzscheano que Fox, como tantos otros antes, señala en su prólogo sobre Maeztu? Sencillamente, eran «populistas» de verdad o sólo *«jovencitos protestantes»*, prontos al desaliento como se habría de ver en seguida? Yo no lo sé; pero cualquiera sabe que casi todos ellos, los 98, refluieron a posiciones cómodas después de su inicial protesta, salvo —insistiré en ello siempre que pueda—

José Antonio Gómez Marín

de que pruebas no faltarán en cuanto los pacientes cultivadores de estas pesquisas se lo propongan. Porque, de otro modo, ¿quién leía los periódicos donde se publicaba esta subliteratura («El País», «El Globo», etcétera)? Hay que suponer que *todos*, hombres y mujeres, obreros y clases medias, burgueses pequeños y medianos. En el incidente de la librería de *Zaratustra* constata Valle lo que era el interés por el género y desliza observaciones que no estaría de más que repasaran los sociólogos y expertos actuales dedicados al tema.

Lo que sí convendría es ir pensando en relacionar más estrechamente aquel interés por la subliteratura sentimentaloides con ese romanticismo tardío y degradado que es, en última instancia, el fondo estético incontestable de buena parte de la sensibilidad española finisecular y de la posterior también, cuando menos, pongamos por caso, hasta que se produzcan las grandes conmociones de la que se ha dado en llamar «crisis del siglo XX». Es decir, que *todos* —no hará falta decir a quién se excluye de ese *todos*— están impregnados de romanticismo sensible y no sólo el sufrido trabajador o la simple modistilla. Lo que pasa, en realidad, es que desde la «moda Sué» y el humanitarismo romántico «a lo Hugo», hasta llegar al materialismo desgarrado y algo facilón que penetra buen trecho en nuestro siglo, no hay solución de continuidad, a mi juicio, en este plano, y dentro de esta línea continua —aunque, por supuesto, que-

y al gineceo nacional. Otra cosa debió ser ya lo que ocurriera con *«La cara de Dios»* y tantas otras obrillas y obras como proliferaron en la época, con un contenido no tan elemental ni tan esquemático como el que con justicia se viene atribuyendo al folletín típico.

Pero lo importante es observar que por las mismas fechas de que tratamos, los autores en cuestión andan ya a vueltas con empresas más serias, es decir, reveladoras



Valle-Inclán en 1910.

(1) Cfr. Luis S. Granjel: «Baroja y otras figuras del 98».



Ramiro de Maeztu: Un aristocraticismo de estirpe burguesa, bastante lejano del 98 y primo hermano del reivindicado por los fascistas. (Retrato de Vázquez Díaz.)

el insigne don Ramón María del Valle-Inclán, es decir, al menos a propósito a juzgar por las apariencias de entonces.

El folletín de Maeztu, ahora rescatado, nos lleva, pues, a recalcar una vez más en el debatido tema de la evolución del grupo, y, especialmente, del propio Maeztu. Sólo conozco un autor, José L. Abellán —excluyo, por supuesto, a los epígonos y propagandistas— que hayan sostenido con cierta formalidad la tesis de que el pensamiento (yo preferiría decir «la actitud») de Maeztu resulta coherente y hasta rectilínea. Abellán habla, en efecto, de una continuidad «evidente» (2) en la evolución política de Maeztu, lo cual no deja de ser revolucionario como planteamiento. Ya Allison Peers opinó que la obra de Maeztu gira en torno a una continuada «revisión de los valores tradicionales», coincidiendo de algún modo con la opinión de Madaria-

ga (3). Por su parte, los teóricos de la primera hora fascistas apreciaron en el maestro unos «valores perdurables», aunque sin olvidar que hubo «otro Maeztu» y que aquellos «valores» son sólo el producto de «una venturosa transformación espiritual» por él sufrida (4). Lo curioso es que, en general, casi nadie duda de esos «dos Maeztu» y que sobre esa convicción se amontonan los intentos clasificadores del joven «regeneracionista», «Regeneracionista» si que lo era, desde luego, en el sentido subrayado por Granjel. Pero esa es una etiqueta demasiado cómoda y ancha aun cuando se la restrinja todo lo posible en la acepción hoy generalizada de «costista». Quizá resulte clarificador relacionar todo ello con la insistente alineación nietzscheana de Maeztu: Fox insiste sobre este punto en su prólogo a nuestro folletín; Azorín, ya hemos señalado que le tenía por «terrible nietz-

(3) Allison Peers: «Historia del Romanticismo español», tomo II. Salvador de Madariaga: «España».

(4) Cfr. «La conquista del Estado», número 2. Vid. mis comentarios en «Los fascistas y el 98», en *Tiempo de Historia*, número 1.

cheano» y Unamuno por «nietzscheano rabioso»; Baroja se sonreía de ello en sus *Memorias*, y habla de «sus entusiasmos anglosajones y nietzscheanos» en una crítica creo recordar, de «*Hacia otra España*»; tampoco falta, en fin, hablando de los compañeros más directos, alguna ironía de Valle sobre este fervor por Nietzsche que Gonzalo Sobejano ha dejado claro, a mi juicio, de una vez para siempre (5).

Esta es la más segura perspectiva por enfocar el Maeztu joven que escribe «*La guerra del Transvaal*». Lo demás son exageraciones o, según los casos, caracterizaciones fáciles. Porque no parece serio hablar de aquel Maeztu



Pío Baroja.

como «socialista», por ejemplo, cosa que hace Fox alguna vez (6). Blanco Aguinaga, hablando de esta «*Juventud del 98*», se refiere a la «filiación radical y revolucionaria» de Maeztu —junto a Baroja, Azorín y Unamuno— que habría de recorrer «desde el federalismo intransigente hasta el

(5) Cfr. Unamuno: «De esto y aquello». Baroja, *Obras completas*, tomos VII y VIII, respectivamente. Vid. Gonzalo Sobejano: «Nietzsche y España».

(6) E. Inman Fox: «Una bibliografía sobre Ramiro de Maeztu (1897-1904)».

marxismo» (7). Sin embargo, lo más corriente es referirse al joven Maeztu como «anarquista», empezando por sus compañeros de «generación» (8). Es significativo que Alejandro Lerroux —el «patrón» periodístico por aquellos años— aluda por lo menos media docena de veces a Maeztu como «anarquista» (9). En fin, el tema es viejo y llega hasta nosotros como lo prueba su presencia en el tomo correspondiente al siglo XX que en la «*Historia de la Literatura Española*» dirigida por Jones, recién aparecida, escribe Gerald G. Brown.

Esta larga digresión pretende orientar al lector de «*La guerra del Transvaal*» sobre tales riesgos clasificatorios. Proponemos en su lugar un Maeztu joven, que no es posible caracterizar categóricamente desde un ángulo ideológico. Por lo demás, en esto es bastante coherente con su generación, hay que repetirlo, pues lo único que permite comprender la «rebeldía» del mozo Maeztu es el clima del *Desastre* en directa dependencia de los influjos de Costa y de Nietzsche: una vez que pasa el clima —y la moda— ya se sabe lo que ocurrió. Pero, curiosamente, las cosas parece que se eclipsan a medida que se intentan clarificar. Fijémonos en que para Ricardo Baroja —excepcional pupila de retratista— aquella gente «no se ocupaba para nada de política», una opinión seguramente exagerada y menos justa que esta otra: «Las cuestiones sociales interesaban muy poco en nuestro círculo. Acaso se sentía cierta simpatía platónica por los anarquistas y los dinamiteros...» (10). Esa es la clave: la palabra «simpatía», Maeztu, como los otros, eran producto inevitable de un tiempo de crisis aguda, gente atrapada en un quicio especialmente ajustado de la Historia. Por eso eran «bárbaros». Bárbaros, porque dijeron «lo que había que decir» en a que] instante, como reconocía Ortega (11), porque hacían «barbaridades», como dice Granjel recordando precisamente a Maeztu. Eran los «bárbaros» abiertos a «los nuevos sistemas económicos y sociales», atentos y curiosos por la extranjería, porque la disposición de apertura la tuvieron todos ellos. El error, posiblemente, ha sido confundir esa «curiosidad» y esas

(7) Cfr. C. Blanco Aguinaga: «*Juventud del 98*».

(8) Baroja, Azorín, Valle, etcétera.

(9) Cfr. Alejandro Lerroux: «*Mis Memorias*».

(10) Cfr. Ricardo Baroja: «*Gente del 98*».

(11) Ortega habla de la «*irrupción de Hércules bárbaros*»; lo recuerda Paulino Garagorri en «Unamuno y Ortega».

(2) J. L. Abellán: «*Sociología del 98*». Digo lo de «actitud» en el sentido empleado en mi trabajo «*Valera y las contradicciones del moderantismo español*», en *Revista de Occidente*.

«simpatías» con adscripciones conscientes a ideologías concretas. Lo advirtió, hace muchos años, un fino y olvidado conocedor de aquel cotarro, Francisco Grandmontagne, cuando escribió en "El Sol" (1924) que la generación del 98 fue «tan rica en ingenios literarios como pobre en caracteres cívicamente enhiestos». ¡Qué pincelada maestra la que encierra esta expresión que subrogamos! Claro, que eso depende siempre —hoy más que nunca, a lo peor— de lo que cada cual entienda por «cívicamente» y por «enhiesto».

Y algo más también. Es curioso, por ejemplo, que alguien tan devoto de Maeztu como Vicente Marrero se refiera a «una especie de furia epiléptica» que le caracterizaba, coincidiendo con la expresión «fondo epiléptico» de su inspiración que ha notado Salaverria (12). Pío Baroja llega, en fin, en sus *Memorias*, a hablar de aquel Maeztu como de «un impulsivo... un esquizofrénico». Es, claro está, llevar las cosas demasiado lejos, pero es también retratar de cerca al personaje, tomarle una «instantánea» de indudable valor documental. El Maeztu joven al que nos estamos refiriendo es ese *Raniero Mazorral* retratado por Pérez de Ayala en «Troteras y danzaderas» (13), cosa que no se señala mucho y es, sin embargo, curiosísima viniendo como viene de otro «anglófilo» que le conocía muy bien, sobre todo si nos tomamos la molestia de repasar en lo que significa en los diccionarios eso de «mazorral»: «grosero, tosco, ordinario...».

Pero volvamos a la seriedad. Se especula siempre con dos «momentos» de Maeztu. El primero, correspondiente a la etapa de «Hacia otra España», es decir, justo a final del siglo, en 1899, que es cuando Baroja le aprecia los «entusiasmos anglosajones y nietzscheanos». El segundo correspondería a «La crisis del humanismo» sugestivo título en español de un libro publicado por su autor en inglés durante la Gran Guerra y al que Madariaga enjuicia como «una de las primeras y mejores definiciones del Estado autoritario funcional que se han escrito en Europa» (14). Pues bien, el Maeztu que ahora nos interesa es el primero, el «bárbaro»,

el de «los tres», el que firma en 1905 el Manifiesto contra Echeagaray, el *Raniero Mazorral*, dicho sea sin ánimo de faltar por mi parte. La guerra europea es el gozne en el que gira Maeztu como tantos otros, el nuevo choque emocional que borra al joven preocupado por el *Desastre* y le enfrenta a otras preocupaciones más concretas. De la obsesión por «regenerar» la España desvencijada, se pasa Maeztu a la obsesión por salvar a la Humanidad, con mayúscula, de los nuevos peligros sociales desencadenados por la guerra y la Revolución rusa. Es decir, que ingresa en el nuevo clima, el de *fascismo* internacional, como justamente supieron apreciar los jóvenes josintas de los años 30. En estos mismos días se está diciendo de Maeztu, con motivo del centenario, muchas cosas interesantes y que abundan, creo yo, en la interpretación que aquí hacemos. Vea el lector, por ejemplo, lo que dice Gómez de Aranda, en «Maeztu y el sindicalismo» (15), interesante aproximación de Maeztu a lo que este autor llama «un sindicalismo económico-social, unitario y no clasista, como estructura de la sociedad y del Estado, como fórmula de integración y de representación política». La cosa no puede estar más clara, creo yo.

Y vamos ya a «La guerra del Transvaal» y «Los misterios de la Banca de Londres», que era el tema. Léase el índice —el proyectado y el que salió en definitiva publicado en «El País»— y se verá que no se trata, evidentemente, de una novela para «obreros y mujeres». Maeztu emplea unas técnicas típicas de «la entrega» —frases cortas, puntos y apartes, truculencias, misterios, exotismos, etc.— tal como Valle en «La cara de Dios», o de Val o cualquiera de ellos. Pero está claro que sus intereses no se agotan en la intención sumario de rellenar unas cuartillas para el previsto folletín. La guerra de los *bóers* despertó aquí interés —lo señala cumplidamente Fox— y despertó, claro está, la vieja anglofobia hispana.

No obstante, el lector del presente folletín reparará en que Maeztu conoce cumplidamente la realidad británica y, desde luego, domina bien el tema de «La guerra del Transvaal». La cosa no tiene mayor problema, puesto que Maeztu es un victoriano injertado en británico «un anglo-vasco» le llamaría Madariaga— que se fue joven a Inglaterra con la intención, como señala este último autor, de cambiar en lo posible la

tendencia española a seguir criterios esencialmente franceses. Como Pérez de Ayala, Maeztu es otro nieto de Blanco White, enamorado del sistema de vida inglés y fiel hasta lo que él mismo, en sus postrimerías, llamaba el «guildismo» británico.

De ahí la confianza de Maeztu con el tema relatado en su folletín, tema que presenta desde una perspectiva fundamentalmente anticolonialista, o mejor, proindigenista. El joven «bárbaro» —y no en el sentido de las mocedades lerrouxistas, claro está— se entusiasma ante la audacia; el nietzscheano, ante la voluntad; el anarcoide, ante el desafío a la autoridad mítica de los anales victorianos. Fox apunta que, sin embargo, estos entusiasmos discurren zigzagueantes y a lo largo de la novela varían de objetivos. Sería curioso estudiar el hecho. Pero, de momento, no parece prescindible. Debe tratarse, seguramente, de otra «contradicción» más o de otro impulso apasionado de quien, andando el tiempo, confesaría —y ya estaba muy «corregido»— que «había recorrido su pensamiento todas las farmacopeas», parodiando aquella vieja chulería de «ha recorrido mi amor toda la escala social», que el lector recordará a buen seguro.

Hay otros aspectos importantes en la novela. Por ejemplo, la enérgica denuncia del capitalismo —«Los misterios de la Banca de Londres»—, seguramente otra «simpatía» anarcoide del joven Maeztu, anticolonialista, librecambista y casi lumumbista en ciertos pasajes curiosos del libro. Aunque en otros se aproxime a ciertas actitudes más bien «rhodesianas». Con ello entroncan sus opiniones sobre el legendario Cecil Rhodes, su animadversión contra Chamberlain, etcétera.

Pero, señalamos finalmente, todo este panorama debe completarse con otros datos, muy «noventa y ochistas», por supuesto, como el *aristocratismo* notorio del autor de nuestro folletín. El esteticismo valleincliniano lo asimila Maeztu muy a las claras, a mi entender, hasta el extremo de recoger el motivo de la heroica mancuerna del héroe, trasunto, creo yo, de la estética bradominiana: el guerrero-literato y un poco «mondain» deslumbra a Maeztu como a Valle: los diferencia cierto grado en el uso de la ironía, en la «distancia», pero poco más. Y, por lo demás, su defensa de la causa indígena cae dentro del famoso paternalismo noventa y ochista, que no sólo Valle cocía habas. El aristocratismo férreo —las alusiones a Esparta abundan en el novelón— se compagina con otro de estirpe quizá cristiana, o mejor, liberta-

ria «salvocheana», que es lo nuestro. Y, en fin, aparecen en la novela las inevitables alusiones raciales, y, sobre todo, una muy concreta a la «cuestión judía», poco original, por supuesto en su planteamiento, y nuncio o, cuando menos, preuncio, de posteriores barbaridades racistas.

Dos palabras, por último, sobre este otro tema viejo del aristocratismo, y en relación también con nuestro tema del folletín. A mi juicio, el aristocratismo de Ramiro de Maeztu es de otra estirpe o, cuando menos, no es similar en todo al de Valle, pongo por caso. El suyo es de estirpe burguesa y no producto de una herencia ideológica aristocrático-feudalizante. Y, por otra parte, es muy temprano, como lo exige su propensión nietzscheana entre otras cosas. Por las mismas fechas en que escribe este folletín, Maeztu confía sin duda en una *clase intelectual rectora*, no en el sesgo orteguiano de las élites, sino más en la línea de las idealizaciones fascistas. Así, en unas páginas sobre Maura, en 1903, habla de una «clase directora del trabajo» —puede que, en alguna medida, reflejo costista— y se coloca al lado de los proyectos decididos de «revolución desde arriba», lo cual no casa muy bien con el ataque, claramente demagógico, que en «La guerra del Transvaal» dedica al capitalismo, ni con el entusiasmo por las masas que el folletín manifiesta. ¿Otra «contradicción»? Tal vez. Pero una «contradicción» de 1903 que anuncia su aceptación de una Embajada con Primo de Rivera. Es, pues, el suyo, un aristocratismo bastante lejano del 98 y primo hermano del reivindicado por los fascistas. El aristocratismo, en fin, disimulado a veces de paternalismo y «valores perdurables», descarnado otras como pura defensa del orden establecido de quien fue miembro tan prominente de Acción Española, escribió aquello de «Ser es defenderse» o aquello otro, tan elocuente como esto: «Si el hombre fuera bueno», ¿habría que pagarle para que trabajase?...

Hay muchas otras cosas en esta novela que aprovecharán al lector interesado por Maeztu, por el 98, o por la literatura de aquellos años. En cuanto tal novela, la cosa varía. El lector se imaginará las causas y, por lo demás, no es de cosa de pedir peras al olmo, pues folletín —y folletín de ganapán— es lo que Maeztu se proponía hacer. Veremos hasta qué punto interesa hoy al lector medio «La guerra del Transvaal» de este *Van Poel Krupp*, que en 1900 defendía a David tal como treinta años después defendería a Goliat. ■ J. A. G. M.

(12) Cfr. Marrero: «Maeztu», José María Salaverria: «La generación del 98».

(13) Vid. los comentarios de Andrés Amorós en «La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala».

(14) Madariaga, op. cit. Remito otra vez a mi trabajo «Los fascistas y el 98», antes citado.

(15) Loc. cit., en «Estudios Sindicales», número 31.